

TIEMPO DE TRABAJO EN LOS CAMPOS Y EN LOS BOSQUES

ERMELINDO PORTELA

Universidad de Santiago

Enunciado con esta amplitud el tema de mi intervención, estoy obligado, en primer lugar, a delimitar el campo y el tiempo de trabajo. Y, si he de escoger, escojo lo mejor. Para hablar del trabajo, del trabajo de los monjes, elijo los monjes más trabajadores o, al menos, los que se han ganado la fama de serlo, los cistercienses. Y elijo el tiempo, el siglo XII y las primeras décadas del XIII, en que ellos, y todos, han trabajado más.

Ellos han trabajado más en esa época, porque ese es el tiempo más cercano a los orígenes, al momento en que el trabajo —y me refiero siempre al trabajo en los campos y en los bosques— ocupó una posición más destacada en el conjunto de la vida de los monjes blancos. Pero no sólo los monjes; todos han trabajado más en este tiempo. Porque no ha concluido todavía —después de 1250 no podríamos decir lo mismo— el proceso de crecimiento de la actividad agraria en Europa Occidental. Y se sabe bien que los campesinos tuvieron que trabajar más en esa época. La aplicación de los campos de cultivo, la creciente complejidad de las técnicas y de los sistemas que se aplicaron en ellos exigió, ante todo, una mayor inversión de horas de trabajo. Lo decía, hace algún tiempo, Esther Boserup:¹ la intensificación de la producción agraria se acompaña de un descenso en el rendimiento por hora-hombre de trabajo. Más recientemente, Guy Bois² ha aplicado este principio general a la economía agraria de la Edad Media, para asociar las fases de crecimiento con el descenso de la productividad del trabajo humano.

¹ E. BOSERUP, *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*. Madrid, 1967, pág. 70.

² G. BOIS, *La crisis del feudalismo a Europa a la fi de L'Edat Mitjana*. Barcelona, 1986, pp. 20 y 21.

Esta referencia al trabajo de todos nos sirve también para alejar, desde el principio, la tentación de exagerar el trabajo de los monjes. Pioneros y roturadores, conocedores y difundidores de las más avanzadas técnicas, maestros de la administración, los monjes, particularmente los monjes blancos, han sido presentados con frecuencia como los artífices principales de los logros de la agricultura medieval. No es del todo cierto; no lo es, sobre todo, desde el punto de vista del trabajo que nos importa aquí y ahora.

La contemplación del mapa cisterciense³ inclina a pensar que sí, que estuvieron, y trabajaron, en todas partes; la espectacular multiplicación de fundaciones y afiliaciones, que sitúa en 647 la cifra de abadías cistercienses a fines del siglo XIII, es verdaderamente continental; desde Tautra, en el fiordo de Trondheim, y Lyse Kloster, junto a Bergen, hasta Santa María dell'Arco, en el sur de Sicilia, o desde Belmont, cerca de Trípoli, hasta Santa María de Oya, en la costa de Galicia, puede decirse que no hay en Europa ninguna región en la que no se conozca a los monjes blancos.

Maticemos enseguida. Por una parte, esta sensación de agobio cisterciense es el resultado de situar 647 puntos sobre un mapa blanco de escala muy reducida. La matización resultará más clara, si, en vez de fijarnos en el número de monasterios, atendemos al número de los monjes. Según los ajustados cálculos de Lovis J. Lekai,⁴ esos 647 monasterios albergaron aproximadamente veinte mil hombres entre monjes y conversos. Si los comparamos con los setecientos millones de habitantes de la Europa actual, eso es nada; pero sigue siendo poco, si establecemos la comparación con los sesenta o setenta millones de habitantes de la Europa del siglo XIII. Decididamente, no lo hicieron todo; pero tampoco hicieron nada, porque el tiempo del que hablamos no es aún el tiempo de los monjes ociosos.

«La ociosidad es enemiga del alma; por eso han de ocuparse los hermanos a unas horas en el trabajo manual y, a otras, en la lectura divina».⁵ La inevitable cita del encabezamiento del capítulo 48 de la Regla de San Benito me sirve para acceder a la primera parte de esta exposición, una reflexión sobre las nociones de tiempo y trabajo en las que se fundamentaron los cistercienses, que, según una opinión muy extendida, se reclamaron escrupulosos seguidores del código casinense.

³ Pueden consultarse los incluidos en Frédéric van del MEER, *Atlas de l'Ordre Cistercien*. París-Bruxelles, 1965.

⁴ Louis J. LEKAI, *Los cistercienses. Ideales y realidad*. Barcelona, 1987, pp. 61 y 62.

⁵ *La Regla de San Benito*. Introducción y comentario de García M. COLOMBAS. Traducción y notas de Iñaki ARANGUREN. Madrid, BAC, 1979, pág. 147.

Obsérvese que el capítulo 48 de la RB, a pesar del título con que figura en las ediciones actuales —*De opera manuum quotidiana*— no se ocupa sólo del trabajo manual; ni siquiera se ocupa principalmente del trabajo, sino del tiempo. Es en realidad la «distribución ordinaria» de un día de la vida en el monasterio. Puesto que el ocio es enemigo del alma, este capítulo ajusta el «negocio» de los monjes —una actividad que se quiere constante —con el tiempo; establecida ya la actividad principal, la oración, se regulan aquí los tiempos intermedios, repartidos entre el descanso, la lectura y el trabajo manual.

No es fácil conocer con exactitud la distribución del tiempo en un día de la vida de un monasterio medieval. El sol, el único reloj, adelanta o atrasa permanentemente según las estaciones del año y según el lugar en que se encuentre el monasterio. Pero, en lo que se refiere al trabajo manual, podemos hacer un cálculo medio⁶ para los cenobios cistercienses en los meses extremos: diciembre y junio. En verano, con más luz, se trabaja más. Por la mañana, el trabajo comienza después de prima, con las primeras luces, hacia las cinco o las seis de la mañana, y termina antes de terciá, hacia las siete y media o las ocho; por la tarde, las tareas se reanudan después de nona, a las dos y media aproximadamente y se abandonan antes de las seis, la hora de vísperas. En diciembre, el retraso de los rezos de prima hasta las ocho de la mañana y el adelanto de vísperas a las tres y media de la tarde, reducen el trabajo diario a dos horas. Seis horas de trabajo en verano, dos horas en invierno, es decir, una media de cuatro horas de jornada laboral, tampoco permiten pensar que los monjes lo hicieron todo. Nunca pretendieron hacerlo.

La idea del trabajo entre los monjes, el sentido preciso que daban a las actividades manuales, es menos simple que lo que, en ocasiones, suele considerarse; también entre los cistercienses, los monjes trabajadores por excelencia. A este respecto, son visibles los síntomas de una sensible y, sobre todo, rápida transformación entre los momentos fundacionales y los tiempos de aceleración máxima de la expansión de la orden, entre la época de Roberto de Molesme y la época de Bernardo de Claraval.

Tradicionalmente viene sosteniéndose que el objetivo fundamental de los monjes que vivieron primero en Molesme y después en Císter fue la observancia literal, estricta de la Regla de San Benito. Ciertamente ni ellos, ni sus sucesores, ni, desde luego, San Bernardo estaban de acuerdo con la interpretación que del código benedictino se hacía en los claustros cluniacenses, particularmente

⁶ Vid. Léo MOULIN, *La vie quotidienne des religieux au Moyen Age, X-XV siècle*. 1978, pp. 28 y 29 y Louis J. LEKAI, cit., pág. 472.

en lo que se refiere al abandono del trabajo manual y al alejamiento de las costumbres ascéticas en las formas de vida de los monjes. Pero eso no quiere decir que lo que buscaban los primeros cistercienses fuera exacta y simplemente la reinstauración en su monasterio de la regla benedictina. Las referencias a ella, frecuentes, sobre todo, en los *Instituta* atribuidos al abad Alberico contenidos en el *Exordium Parvum*, deben entenderse, sobre todo, como el intento de creación de un escudo de legalidad frente a la reacción desencadenada por sus posturas radicales, como el deseo de ampararse en una tradición indiscutida ante las siempre temidas acusaciones de innovación.⁷ Fue el mismo recurso que emplearon los otros reformadores monásticos que, a fines del siglo XI, aplicaron las ideas desarrolladas algunas décadas antes por Pedro Damiano. Esas ideas, en lo que al trabajo se refiere, estaban más cerca del monacato prebenedictino.

Para San Benito, el trabajo no es, desde luego, un fin en sí mismo; es, ante todo, un medio para combatir la ociosidad y ni siquiera es el medio más importante. La gradación de las actividades del monje es bien clara: primero, la oración; después, la lectura; luego el trabajo. Cuando no reza el monje debe estar ocupado; y, si, para conseguirlo, no le basta con la lectura, entonces debe trabajar. No hay, por tanto, en San Benito una doctrina positiva sobre el valor del trabajo. Ni siquiera en otro pasaje⁸ del mismo capítulo 48, que con frecuencia se ha interpretado en esa dirección; el que se refiere precisamente al trabajo de los campos.

Si las circunstancias del lugar o la pobreza exigen que ellos mismos tengan que trabajar en la recolección, que no se disgusten, porque entonces son verdaderos monjes, cuando viven del trabajo de sus propias manos, como nuestros Padres y los Apóstoles.

Fijémonos bien; el trabajo de los monjes se contempla como una excepción o, cuando más, como una posibilidad; si las circunstancias o la pobreza del lugar lo exigen. No parece que se pensara en una posibilidad frecuente;

⁷ En el capítulo 13 del libro XIII de su *Historia Aecclesiastica*, Orderico Vital da cuenta de los intentos de reforma estatutaria de la orden cluniacense llevados a cabo por Pedro el Venerable. El abad de Cluny reúne en su monasterio a los priores de la orden, *ut precepta monasticae conuersationis austeriora quam hactenus tenuerant audirent*. La respuesta de los convocados, respetuosa pero firme, apela insistentemente a la tradición para rechazar los cambios. El comentario del autor, para explicar la postura del abad, es sintomático: *Cistercienses aliosque novorum sectatores emulatus rudibus ausis institit, et ab inceptis desistere ad presens erubuit*. Marjorie CHIBNALL ed., *The Ecclesiastical History of Orderic Vitalis*. Vol. VI. Oxford, 1978, pp. 424 y 426.

⁸ RB, ed. cit., pp. 147 y 148.

porque San Benito se ve obligado a consolar con el ejemplo de los Padres y los Apóstoles. Quizás los cistercienses se fijaron más en la segunda parte de la frase, en el consuelo, en el «entonces son verdaderos monjes»; y, tal vez, completaron el «entonces» con un «sólo entonces», que San Benito no escribió. Y, por fin, no subrayaron la frase que sigue inmediatamente y que es tan propia del abad de Montecassino:

Pero, pensando en los más débiles, hágase todo con moderación.

En la *Regula Benedicti*, el trabajo no desvirtúa al monje; pero no hace al monje. La posición del trabajo y del trabajo de los campos en la primera teoría cisterciense parece más central. La *Historia Eclesiástica* de Orderico Vital se hace eco de las discusiones que obligaron a Roberto y a sus partidarios a abandonar Molesme e instalarse en el lugar llamado *Cistercium*. En esas discusiones, el trabajo manual parece haber sido una de las cuestiones más debatidas. Los que se oponen a Roberto argumentan con la tradición y, sobre todo, con el respeto al orden social. En ese marco inmutable, la función del monje está bien delimitada: instalados en la tranquilidad del claustro, deben repartir su tiempo entre la oración litúrgica y la lectura, la meditación y la profundización en los secretos de la ley sagrada. Su conclusión era, por tanto, bien clara:

No permita Dios que los rústicos se vuelvan inútiles por el ocio, ni que, satisfechos y contentos, pierdan el tiempo en risas y fiestas vanas, ellos cuya suerte genuina les ha dedicado al continuo trabajo. No quiera que los nobles caballeros o los ingeniosos filósofos y los estudiosos capaces se vean obligados, después de renunciar al siglo, a ocuparse en afanes y trabajos serviles e impropios, a la manera de los viles criados.⁹

En cambio, para Roberto y los suyos, el trabajo manual era la consecuencia inevitable de su radical apartamiento del mundo. El monacato prebenedictino¹⁰

⁹ J-P. MIGNE, *Patrologiae Cursus Completus. Series Secunda*. Tomo 188, París, 1855, col. 639.

¹⁰ Sobre el papel del trabajo en el monacato prebenedictino, vid. García M. COLOMBAS, «Comentario», en *La Regla de San Benito*. Cit., pp. 375-378. En el relato de las discusiones de Molesme hecho por Orderico Vital, queda bien patente que, para Roberto, tras el escudo protector de la Regla de San Benito, la base de sus propuestas se fundamenta en los Padres de Egipto. Contra la aplicación estricta de normas inspiradas en ellos argumentan los opositores, hasta el punto en que Roberto parece ceder un tanto en su posición: «*Inimitabilem Aegyptiorum Patrum vitam ad informationem boni commeroro Sed inde nulla vobis violenta imponitur exactio, imo salubris proponitur persuasio*». J-P. MIGNE, PL, 188, cols. 637 y 638.

podía ofrecerles sólidas bases en las que afirmar sus argumentos. Los anacoretas coptos, los cenobitas de San Pacomio debían ganarse su pan y el de los pobres. San Basilio consideraba adecuados para los monjes los oficios artesanales; pero el trabajo de los campos le parecía el más propio, porque aseguraba la estabilidad, grantizaba el sustento de la comunidad y propiciaba el ejercicio de la caridad. El *De opere monachorum* de San Agustín desarrolló estas ideas y las de Juan Crisóstomo, Jerónimo y Casiano. A partir de la consideración del trabajo como ley de la condición humana, argumentaron que el monje, hombre como los demás, debía trabajar como los demás.

En el bosque de Císter, aquel «lugar de horror y completa soledad», como lo describe, recurriendo al Deuteronomio, el *Exordium Cistercii*,¹¹ Roberto y sus compañeros pudieron poner en práctica sus ideales de vida ascética, pobreza y soledad absoluta. Ese programa sólo podía mantenerse con el trabajo, con el trabajo duro. La roturación de algunas parcelas del monte, el aprovechamiento de los recursos del bosque sostuvieron lo que, antes que otra cosa, parece un grupo de ermitaños que viven juntos.

San Bernardo es un asceta; pero no es fácil caracterizarlo como un ermitaño. Entre Roberto y él se ha recorrido un camino, cuya distancia me parece advertir también en lo que se refiere a la concepción del trabajo monástico. Apoyo mi parecer en dos escritos bernardinos. El primero es la «Apología al abad Guillermo».¹² En este famoso texto, San Bernardo contesta al abad Guillermo de Saint-Thierry, quien le pide que ponga fin al escándalo que están creando las acusaciones de los cistercienses contra los cluniacenses. No se apagan los ecos de Molesme. El segundo texto es la carta —sentida, vibrante, en ocasiones, un poco dura— que Bernardo de Claraval dirige a su sobrino Roberto,¹³ porque éste había cambiado la orden cisterciense por la cluniacense, tratando de que enmendara su error. En los dos escritos hay referencias expresivas al trabajo de los monjes.

La Apología está dividida en tres partes. En la primera, San Bernardo defiende a los cluniacenses contra las críticas: la túnica, sin costuras, de Cristo, símbolo de la Iglesia, está tejida con hilos de distintos colores; la casa del Padre tiene muchos aposentos; de la misma manera, la variedad en el modo de entender la vida religiosa es perfectamente legítima, porque la caridad garantiza la unidad. En la segunda parte, el abad de Claraval hace la crítica de los críticos; se puede decir que, en cierto modo, se autocritica. La tercera parte

¹¹ L. J. LEKAI, cit., pp. 20 y 21.

¹² *Obras Completas de San Bernardo*. Edición bilingüe promovida por la Conferencia Regional Española de Abades Cistercienses. Tomo I. Madrid, BAC, 1983, pp. 250-299.

¹³ *Obras Completas de San Bernardo*. Cit. Tomo VII. Madrid, 1990, pp. 40-59.

la más famosa, está ocupada por el ataque a las costumbres cluniacenses. La posición en el texto de los fragmentos que se refieren al trabajo manual es, por sí misma, significativa; se hallan en la segunda parte, en la crítica de los críticos, en la autocrítica. En la tercera, a los cluniacenses se les acusa de superfluidad, se observa negativamente el exceso en la comida y la bebida, el lujo en el vestir, la riqueza innecesaria; pero no se les tacha de vagos. La posición central que el trabajo ocupó en las discusiones de Molesme ha sido abandonada. El desplazamiento, y su dirección, se comprenden mejor al escuchar lo que San Bernardo dice a sus propios monjes, a propósito del trabajo:

¿Y cómo os enorgullecéis tanto por vuestro trabajo manual, cuando Marta fue reprendida por afanarse de aquella manera, mientras María salía alabada por su quietud? ¿O no dice el Apóstol que el trabajo corporal es útil para poco tiempo y que, en cambio, la piedad es útil para siempre?... ¿Tratas ahora de ponderar tanto el esfuerzo del espíritu que vas a condenar el trabajo manual impuesto por la Regla? En absoluto. Esto hay que hacerlo, pero sin descuidar lo otro. Y, si es necesario dejar uno de los dos, habremos de quedarnos con lo espiritual y abandonar lo corporal. Por la superioridad del espíritu sobre el cuerpo, es más provechoso el ejercicio espiritual que el corporal. Y si tú, ensoberbecido por la observancia del trabajo, desprecias a los que no la cumplen, ya te estás delatando como inobservante, pues das importancia a lo secundario y eludes lo principal... y con esto no pretendo que deban descuidarse las tareas corporales. Ni que por el hecho de no practicarlas ya sea uno, sin más, espiritual. Porque resulta todo lo contrario. Los valores espirituales, aunque sean de orden superior, apenas se pueden conseguir ni alcanzarlos nunca sino a través del esfuerzo corporal».¹⁴

Entre los polos opuestos, la vida espiritual y la realidad material, en que ha de desenvolverse necesariamente la actividad del monje, Bernardo busca el equilibrio. Es como si la radicalidad espiritualista de Roberto de Molesme hubiera producido un indeseado efecto de rebote: el aislamiento favorece la concentración que propicia la vida espiritual; pero, al obligar a los monjes a sostenerse con su trabajo, produce el riesgo de que crezca en exceso el tiempo que ha de dedicársele y, por esta vía, se cae en la distracción, justamente el peligro del que se quería huir con el apartamiento del mundo. El abad de Claraval pone

¹⁴ *Obras Completas...* Cit. I, pp. 268-273.

las cosas en su sitio. Jerarquiza la importancia de las dedicaciones del monje. El trabajo se sitúa por debajo, porque su función es sólo instrumental. El desplazamiento se realiza en la dirección de San Benito. Se comprueba, con toda claridad, en la carta de Bernardo a Roberto, donde el acercamiento se revela no sólo en el fondo, sino en la forma, en las palabras escogidas. Como en San Benito, el trabajo se justifica como negación del ocio.

Decídete, arremángate, evita el ocio, esfuérzate, muévete, ocupa tus manos, haz algo y pronto sentirás que lo único que te apetece es matar el hambre y no agasajar el paladar. Porque el ejercicio devuelve el sabor a muchas cosas que lo perdieron por la pereza. Después de trabajar, tomarás con ganas muchos alimentos que rechazas en tu ociosidad. Porque la desocupación engendra desgana, el trabajo hambre y el hambre, misteriosamente, vuelve dulce lo que el aburrimiento hace insípido».¹⁵

Con San Bernardo, cuando se alcanzan los años centrales del siglo XII, la concepción cisterciense del trabajo cumple una evolución, termina una parábola, que, primero, la dispara, la aparta violentamente del monaquismo contemporáneo dominante, para reinsertarla luego en la realidad, en la estela, una vez más de Nursia. En la concepción teórica del trabajo y su relación con el tiempo, quedaba claro, también para los cistercienses, que los monjes podían trabajar y que debían trabajar; pero sin permitir que el trabajo se convirtiera en su actividad principal. El tiempo y la concepción del trabajo sitúan en sus términos justos la reflexión sobre el tiempo de trabajo en los campos y en los bosques de los cenobios del Císter.

Como ocurre con frecuencia, el cambio de la teoría fue precedido, entre los monjes blancos, por las constataciones empíricas. Por otra parte, los principios teóricos no bastan para dar cuenta de la realidad práctica. En cuestiones de economía cisterciense, se sabe bien que principios y hechos no siempre funcionaron como un ajustado mecanismo de relojería. Es hora ya de que nos ocupemos del trabajo real en los monasterios. Lo haremos, planteando una primera pregunta: ¿quiénes trabajaban en los monasterios? Primer contraste, primer desajuste: no todos o no todos de la misma manera y no siempre los mismos a lo largo del tiempo.

En los *capitula* que, añadidos a la versión primitiva de la *Carta Caritatis* y del *Exordium Cistercii*, se presentaron, para su aprobación, ante Calixto II, en 1119,¹⁶ se encuentra la primera referencia a la admisión de los conversos

¹⁵ *Obras Completas...* Cit. VII, pp. 54-57.

¹⁶ L. J. LEKAI, cit., 99.

en los monasterios. Los *conversi* no fueron un invento cirterciense. En el Camaldoli de San Romualdo, a comienzos del siglo XI, había ya servidores legos; a mediados del siglo, Pedro Damiano adoptó la misma solución para la comunidad de Fonte Avellana. Ni siquiera el nombre es nuevo; se había designado como *conversi* a los legos de Vallombrosa. Fuera de Italia, la congregación de Hirsau había dado a los servidores laicos un estatuto religioso específico. De manera que, al contestar la primera pregunta, nos encontramos con una argumentación de la respuesta que se repetirá más veces: Císter no inventa; pero amplía, difunde, potencia. Ninguna otra orden, antes que la de los cistercienses, empleó a los *conversi* en la misma escala y con la misma eficacia.

Sólo veinte años después de la retirada de Molesme a Císter, junto a los hábitos blancos había ya hábitos grises o pardos. Ninguna elaboración teórica a propósito de esta incorporación; se trató simplemente de resolver un problema práctico. Dice el *Exordium Parvum*.

Determinaron tomar, con licencia de los obispos, a legos barbados como *conversi*, y tratarlos en vida y muerte, como a sí mismos, excepto en los derechos reservados a los monjes de coro, pues no entendían cómo podrían guardar de otro modo sólo los preceptos de la Regla, día y noche, sin ayuda de aquéllos.¹⁷

Cuando San Bernardo fundaba Claraval y en el momento en que ponía por escrito sus primeras reflexiones, la práctica había conducido al establecimiento de esta división de la comunidad en función del trabajo. Provistos de una sucinta formación religiosa y de una algo más sólida formación disciplinar, la actividad de los *conversi*, cuya dedicación a la oración se reducía al recitado de algunas plegarias al tiempo de las horas canónicas, se orientaba principalmente al trabajo. Esta división funcional de la comunidad se tradujo también en una división espacial. No sólo dentro del monasterio, donde los lugares de habitación de los monjes de coro y de los conversos estaban separados, sino también en el exterior, porque a los legos les correspondió en exclusiva, por los menos al principio, la instalación en las granjas.

En lo que se refiere específicamente al cultivo de la tierra, el papel de los monjes debió reducirse, salvo en casos excepcionales, al trabajo en el huerto inmediato al monasterio. El ejercicio manual prescrito por San Bernardo a sus monjes no podía sobrepasar en mucho, en razón del tiempo dedicado, los cuadrados regulares, separados por pequeños canales, en que, según una descripción del siglo XIII, se dividía la huerta de Claraval; en ese marco, es posible incluso imaginar la presencia del primero de sus abades, sin que resulte

¹⁷ *Apud* L. J. LEKAI, cit.

excesivamente contradictoria con las casi tres mil páginas que escribió y dictó. En una de ellas, se encuentra una alusión a la dieta cisterciense, que prueba la importancia de los productos de la huerta en su composición:

Las legumbres, las habas, las pastas de harina, el pan de cebada con agua le fastidian al indolente, pero son las delicias del trabajador.¹⁸

La oración, el estudio, la lectura y el trabajo en la huerta o en el bosque próximo eran suficientes para llenar, de ordinario, la jornada de un monje blanco. Pero si la orden cisterciense alcanzó la importancia que realmente tuvo en el trabajo de los campos y de los bosques fue, en primer lugar, por la participación directa de los *conversi*. No sólo porque trabajaron más, sino porque, por lo menos durante un siglo, fueron más. Con frecuencia, superaban a los monjes de coro en la proporción de dos o de tres a uno. Las Dunas, en Flandes, contaba con un equipo de 350 conversos a fines del siglo XIII; Adwert, en Holanda, tenía aproximadamente 200, la misma cifra con que contaba Claraval a comienzos del XIII; en esa época, el número de conversos en Inglaterra y Gales se estima en tres mil doscientos.¹⁹

La razón del éxito de la propuesta del modelo converso debe verse, ciertamente, en las motivaciones de índole religiosa. Debe haber sido ésta, en efecto, la causa principal del ingreso en la orden, como legos, de algunos miembros de la nobleza; es el caso, por ejemplo, de los cincuenta caballeros recibidos, durante los siglos XII y XIII, en el monasterio alemán de Himmerod. Pero no hay duda ninguna: los *conversi* no procedían de las filas de la nobleza; eran, sobre todo, campesinos. Y, hablando de campesinos, el abanico de las motivaciones se abre considerablemente. Como marco general, pensemos en el crecimiento demográfico, en la nueva movilidad de la población; y, desde el punto de vista concreto, no olvidemos las causas más importantes: la pobreza, la búsqueda de seguridad. El dominico Humberto de Romans predicó en una ocasión a conversos cistercienses.²⁰ A juzgar por el *exemplum* que sometió a la consideración de los hermanos, debió ser un sermón expresivo. Un postulante a converso, postrado ante el abad, debía contestar a la pregunta ritual de éste: «¿Qué pides?». Al hacerlo, olvidó la fórmula —«la misericordia de Dios y de la Orden»— y contestó con la verdad: «Pan blanco y frecuente».

Los hermanos conversos son el primer camino por el que el trabajo campesino fue incorporado a los monasterios cistercienses. Si no se quiere

¹⁸ *Obras Completas...* Cit. VII, pp. 56 y 57.

¹⁹ L. J. LEKAI, cit., pp. 437-438.

²⁰ *Ibidem.* p. 439.

depender del trabajo de los otros, será lo mejor incorporar a los otros a la comunidad monástica. La solución era ingeniosa; pero, en el fondo, la práctica comenzaba a dar la razón a los opositores de Molesme, a los que argumentaban que el trabajo era lo propio de los labriegos y sostenían que la oración y el estudio debían ser la dedicación de los monjes.

Los conversos eran el primer paso en una dirección. Se dieron otros. Porque las insuficiencias locales o momentáneas, en primer lugar, y, después, la disminución de la afluencia de conversos en el siglo XIII, combinada con un rápido crecimiento de la propiedad que desbordó pronto la capacidad de trabajo de las comunidades monásticas, legos incluidos, obligaron a buscar soluciones complementarias.

Los primeros indicios de la presencia de trabajadores asalariados en los dominios cistercienses se encuentran ya en el siglo XII. A pesar de que las fuentes no son demasiado explícitas en este punto, su actividad se detecta en los monasterios del suroeste de Francia, en pleno siglo XII, realizando trabajos, especialmente como pastores, para los monasterios de Berdoues, Grandselve, Gimont u Obazine.²¹ Por otra parte, testimonio fehaciente de la generalidad de los hechos, el Capítulo General de 1195 autoriza el recurso a los jornaleros.

Robert Fossier ha señalado esta utilización de los asalariados como el aporte esencial de la orden de Císter a la economía medieval y ha subrayado la importancia que, para la dignificación del trabajo, tiene el hecho de que sea pagado por los eclesiásticos, como base de su evolución posterior.²² Sea como fuere, por la vía de la contratación de jornaleros, crece la incorporación de mano de obra campesina a los dominios monásticos.

Hay un tercer camino. Es el que se recorrerá sistemáticamente en el futuro, pero del que no faltan indicios seguros para el tiempo que nos ocupa. Porque la gestión directa no fue la única fórmula usada para poner en explotación las tierras y los bosques de los dominios. Sólo trece años después de la autorización de la contratación de asalariados, el Capítulo General legitima, en 1208, el arrendamiento y la cesión a los laicos de tierras, viñas y granjas enteras. Cuando se fundó, en 1167, la abadía de Walkenried recibió la donación de tres aldeas habitadas. Excepcional al principio, la aceptación de tierras ocupadas llegó a ser corriente desde mediados del siglo XII, momento de la expansión acelerada de

²¹ Bernardette BARRIÈRE, «L'Économie Cistercienne du Sud-ouest de la France». En *L'Économie Cistercienne. Géographie-Mutations du Moyen Age aux Temps Modernes*. Centre Culturel de l'Abbaye de Flaran. Auch, 1983, p. 85.

²² Robert FOSSIER, «L'Économie Cistercienne dans les plaines du Nord-Ouest de l'Europe». En *L'Économie Cistercienne...*, cit. p. 72.

la orden que, entre otras cosas, trajo como consecuencia la incorporación de cenobios existentes, en los que era muy difícil adaptar unas circunstancias ya consolidadas al cumplimiento de la estricta regularidad. El fenómeno es general, pero ofrece el testimonio más singular con la incorporación a Císter, en 1147, de Savigny y las veintinueve casas pertenecientes a su congregación.²³

En otros casos, la instalación de campesinos laicos en las tierras monásticas fue propiciada directamente por las comunidades cistercienses. Es el procedimiento que, desde fines del siglo XII, pusieron en práctica sistemáticamente las abadías nacidas al compás de la penetración germánica en los territorios al este del Elba. Pero, desde comienzos del siglo XIII, la cesión de bienes a los campesinos para su explotación a cambio de una renta, se multiplica. Desde los foreros gallegos a los *massarii*²⁴ del norte de Italia, pasando por los ocupantes de las bastidas del sur de Francia, son muchos los campesinos que, por este ancho camino, se incorporan al trabajo en los dominios monásticos.

Las respuestas a nuestra primera pregunta nos hacen pensar que, salvo en los años iniciales y a pesar de la más duradera integración de la actividad manual como elemento ascético e instrumental en la vida de los monjes, el trabajo en los campos y en los bosques de los cistercienses lo hicieron los de siempre, los labriegos, los que, como decían los que se quedaron en Molesme, debían hacerlo.

Los monjes, los conversos, los campesinos que trabajan en los dominios monásticos cistercienses, ¿con qué técnicas lo hacían? Tampoco en este aspecto los monjes blancos han inventado mucho; pero, como siempre, han perfeccionado las técnicas existentes.

Dadles a esos monjes un páramo desnudo o un bosque salvaje, dejad pasar unos años y no sólo encontraréis iglesias hermosas, sino moradas humanas construidas a su alrededor.²⁵

La frase tiene fecha, 1188, y se debe a Guardo de Gales. Con ella, este duro crítico de los cistercienses contribuía a sentar los fundamentos de la fama de roturadores que ha acompañado a estos monjes hasta nuestros días. Aunque recientemente se haya matizado y precisado mucho esta caracterización, no puede dudarse de la participación de los cistercienses en el acondicionamiento de los suelos para la agricultura. Con carácter general, se acepta, porque los testimonios abundan, su aportación en la domesticación de las aguas. La con-

²³ L. J. LEKAI, cit., p.51.

²⁴ Rinaldo COMBA, «Aspects économiques de la vie des abbayes cisterciennes de l'Italie du Nord-Ouest (XII-XIV siècle)». En *L'Économie Cistercienne...*, cit. p. 129.

²⁵ *Apud* L. J. LEKAI, p. 385.

ducción del agua hasta los monasterios exigió, en ocasiones, obras de canalización muy importantes. La que llegaba al monasterio de Obazine²⁶ lo hacía después de recorrer por una construcción artificial un kilómetro y medio; pero el canal que abastecía la abadía de Císter desde comienzos del siglo XIII²⁷ era una compleja obra de ingeniería con muros de contención y puentes dispuestos a lo largo de una decena de kilómetros.

El dominio de las técnicas en la desecación de marismas y tierras pantanosas dio lugar también a algunas obras espectaculares.²⁸ La participación de los cistercienses en el esfuerzo de ganar tierras al mar en los Países Bajos encuentra en el monasterio de Las Dunas un muy acabado ejemplo: después de largos y difíciles trabajos, en los que participó un número muy alto de hermanos conversos, se consiguieron once mil hectáreas de tierra cultivable, que fueron repartidas en 15 granjas. La abadía de Walkenreid, en Turingia, fue fundada en 1127 sobre un páramo pantanoso, que, antes de que terminara el siglo, se había convertido ya en la famosa «Pradera Dorada», fértil tierra explotada por once granjas. Y estos casos espectaculares no deben hacer olvidar labores más modestas, pero más difundidas en el espacio, como las que en Turena y en el Poitou, en el Piamonte o en Liguria se manifiestan en la construcción de embalses, de sistemas de irrigación, de desecación de tierras inundadas, de conducción de aguas —y esto tiene carácter mucho más general— a los molinos, a los batanes, a las forjas.

Las forjas en las que, en los monasterios o en las granjas cistercienses, a veces especializadas, se fabricaba el hierro empleado luego en los arados, en las azadas y las hoces. Los testimonios de la metalurgia cisterciense, la posesión de yacimientos y de las instalaciones necesarias para la transformación del mineral, se documentan en Portugal —monasterios de Tarouca y Alcobaça—, en León y Galicia —Morerueta y Sobrado— o en Champaña, Borgoña y el Franco-Condados —cenobios de La Crète, Auberive, Císter, Bellevaux.²⁹

El conjunto de las novedades que los cistercienses aceptaron y perfeccionaron contribuyó al incremento de la producción de sus tierras, sobre todo, de

²⁶ Bernardette BARRIÈRE, cit., p. 82.

²⁷ Benoît CHAUVIN, «Réalités et évolution de l'économie cistercienne dans les Duché et Comté de Bourgogne au Moyen Age. Essai de Synthèse». En *L'Économie cistercienne...*, cit. p. 30.

²⁸ L. J. LEKAI, pp. 385 y 386.

²⁹ Robert DURAND, «L'Économie cistercienne au Portugal». En *L'Économie cistercienne...*, cit., pp. 109-110. M^a I. ALFONSO, *La colonización cistercienne en la Meseta del Duero. El ejemplo de Morerueta. Siglos XII-XIV*. Madrid, 1983, pp. 263-265. M^a C. PALLARES, *El monasterio de Sobrado. Un ejemplo de protagonismo monástico en la Galicia medieval*. La Coruña, p. 180. Benoît CHAUVIN, cit., pp. 31-33.

las que explotaron directamente. Pero quizá la aportación más importante en este aspecto haya sido su papel en la difusión general del uso de las nuevas técnicas. El Capítulo General que todos los años reunía en Císter a los representantes, si no de todos, de muchos de los monasterios de la orden era un buen lugar para hablar no sólo de espiritualidad y disciplina, sino para la comunicación y el intercambio de todo tipo de experiencias. Por otra parte, estos viajes periódicos eran lo suficientemente lentos como para permitir a observadores atentos conocer y trasladar ideas acerca de instrumentos, de plantas, de sistemas de cultivo. La rutina de los campos fue sobresaltada frecuentemente, en los siglos XII y XIII, por lo que se hacía y se veía hacer en los dominios de los monjes blancos.

En los bosques y en los campos de esos dominios, se practicaron, desde luego, todos los trabajos propios de la economía agraria medieval. Nos fijaremos aquí en aquéllos que son considerados como más característicos de los monasterios de Císter. Atendamos, en primer lugar, a los bosques, lo que nos obliga a plantear, una vez más, el problema de si los monjes cistercienses han sido o no monjes roturadores. Alemania es un buen ejemplo del efecto pendular al que se han visto sometidas las soluciones dadas al problema. En el siglo XIX, influenciados por la indudable participación de los cistercienses en las empresas colonizadoras de los territorios al este del Elba, los historiadores han exagerado el papel de estos monjes en la extensión de los campos y el ataque a los bosques en el oeste de Alemania. Después, la comprobación, lógica en territorios de ocupación más densa, de que en los dominios monásticos se integraron sobre todo tierras ya habitadas y cultivadas, ha conducido a la conclusión contraria. Werner Rösener³⁰ procura restituir el equilibrio. En Renania, en Sajonia, en Suabia, en Baviera, los cistercienses, en función del grado de ocupación previa, estaban interesados en la adquisición de tierras y de viñedos; pero tampoco dejaban de llevar a cabo drenajes de suelos húmedos o roturaciones de algunas superficies boscosas o reocupaciones de aldeas abandonadas. La solución al problema no puede ser general; depende, en cada caso, de las circunstancias de los distintos lugares en el momento en que tienen lugar las nuevas fundaciones.

Pero una cosa es segura. El ataque a los bosques no amenazó nunca el mantenimiento equilibrado de esta fuente de recursos. Estudiando un ámbito espacial de tan densa y antigua ocupación humana como las llanuras del noroeste de Europa, Robert Fossier³¹ presenta unos monjes cistercienses guardianes

³⁰ Werner RÖSENER., «L'Économie cistercienne de l'Allemagne Occidentale (XII-XV siècle)». En *L'Économie cistercienne...*, cit. pp. 143-144.

³¹ Robert FOISSIER, cit., p. 71.

celosos de las superficies boscosas adquiridas y no duda en señalar que su economía se basa, en primer lugar, en el bosque.

Son muchas las razones, sin duda, que impulsaron a los monjes a conservar el bosque. La madera para la construcción, la calefacción, la fabricación de útiles diversos y también para la venta, la recolección de frutos silvestres y, sobre todo, la conservación de terrenos de pasto suponen otras tantas maneras de trabajo en los bosques que los monjes *forestarii* de Císter, La Ferté, Fontenay y otras muchas casas se ocupaban de dirigir y regular. Pero es en la ganadería donde los cistercienses, pronto familiarizados con los circuitos comerciales en fase de reanimación, destacaron especialmente. R. A. Donkin³² ha estudiado y resaltado la importancia de la dedicación ganadera en las abadías de Inglaterra y Gales, orientada a la producción de lana, en cuyo comercio estaban interesados en torno a cuarenta monasterios ingleses. Diecisiete de ellos poseían almacenes de lana en Londres; otros contaban con barcos propios para enviar la producción al otro lado del Canal; algunos administradores esperaban en sus monasterios la visita de los mercaderes para la formalización de las ventas. A fines del siglo XIII, Rieval o Fountains contaban con rebaños de entre diez y quince mil ovejas. No sólo en Inglaterra constituyó la ganadería un pilar fundamental de la economía cisterciense. La meseta castellana es otro de los obligados espacios de referencia.³³ Moreruela, Sacramenia, Monsalud, Palazuelos se beneficiaron de las exenciones y libertades de paso para sus rebaños que les concedieron los monarcas Fernando II, Alfonso VIII y Fernando III. El contenido de esos privilegios permite sospechar la realidad de una explotación ganadera apoyada en la trashumancia de largo recorrido que hacía su camino en busca de los invernales de la meseta sur, no sin que se produjeran roces con los concejos competidores o los campesinos afectados. En el suroeste de Francia,³⁴ las ovejas de Grandselve, de Bonnefont, de Boulbonne ascendían todos los veranos a los pastos de las laderas pirenaicas.

La lana, un producto de fácil comercialización. Su equivalente en la agricultura es, sin duda, el vino. En los campos de los dominios cistercienses, allí donde las condiciones naturales alcanzaban los mínimos requeridos, el viñedo ganó posiciones en este tiempo. Conviene no olvidar que la orden nació en tierra de buenos vinos. Muy poco tiempo después de su instalación en *Cistercium* los monjes que abandonaron Molesme recibieron de Otón, el duque de Borgoña,

³² R. A. DONKIN, «Some Aspects of Cistercian Sheep Farming in England and Wales». *Cîteaux*, 13 (1962), pp. 296-311.

³³ «La economía cisterciense en los reinos de Castilla y León (ss. XII-XIII)». En *La introducción del Císter en España y Portugal*. Burgos, 1991, pp. 211-212.

³⁴ Bernardette BARRIÈRE, cit., p. 83.

Mersault, la primera de las muchas viñas que los cistercienses llegaron a poseer.³⁵ Concentrados en las regiones más propicias o situados en las cercanías de las abadías, todos los monasterios del ducado y el condado de Borgoña poseyeron viñedos y produjeron vinos, algunos muy famosos por su calidad.³⁶ En las regiones del Rin y el Mosela,³⁷ aprovechando las facilidades de transporte que ofrecían los ríos, los cistercienses impulsaron el cultivo de la vid, aterrazando, en ocasiones, las laderas pendientes. El caso más conocido es el del monasterio de Eberbach, cuya producción de vino, casi doscientos cuarenta mil litros anuales, se transportaba en embarcaciones del monasterio para la venta en Colonia, donde poseía casa y bodega desde 1167. En el Mosela, la producción de los viñedos de Himmerod sólo era superada por los del arzobispo de Tréveris.

Pero también más al norte, en espacios como el noroeste de Francia,³⁸ donde disminuye la aptitud para el cultivo de la vid, los monasterios siguen interesados en la producción y en la venta de vino: en 1250, Vaucelles envía tres mil hectolitros a Reims, Le Gard vende el suyo en Amiens y las bodegas de Ourscamp o Chaalis parecen comparables por su tamaño a las de las abadías de Borgoña. El viñedo, por la cantidad de mano de obra que requiere y porque no fue objeto solamente de explotación directa en los dominios monásticos, es una buena prueba de la capacidad de los monjes como organizadores del trabajo campesino.

He aquí lo que nadie discute a la orden cisterciense: su indudable capacidad organizativa. La razón principal del éxito de la Carta de la Caridad, el documento base de la organización cisterciense, es haber logrado el equilibrio entre el centralismo y la autonomía, que evitaba las rigideces de la uniformidad y los peligros de la falta de cohesión. Hemos señalado ya que el papel del Capítulo General o el sistema de afiliaciones tienen repercusiones importantes en el plano económico, sobre todo, en la medida en que favorecen la comunicación entre las partes y propician la difusión de técnicas de trabajo y de procedimientos de gestión. El establecimiento de la red de granjas dependientes de cada uno de los monasterios, con una función estricta y específicamente económica, profundiza el sistema general hasta hacerlo llegar eficazmente al rincón más apartado de cada dominio. Las granjas acercan y multiplican la presencia de cada abadía en los distintos lugares que se integran en la propiedad monástica. Y esto me parece particularmente importante desde el punto de vista de la organización del trabajo, aspecto que ha podido quedar un tanto

³⁵ L. J. LEKAI, cit., p. 24.

³⁶ Benoît CHAUVIN, cit., p. 26.

³⁷ L. J. LEKAI, cit., pp. 410-411.

³⁸ Robert FOSSIER, cit., p. 69.

oscurecido por la insistencia en la consideración de las granjas como centros de explotación agraria. La identificación de granjas y conversos es de por sí muy significativa; las granjas potencian indudablemente la eficacia de la mano de obra campesina por la vía de los conversos. Por otra parte, no cabe duda de que facilitaban la contratación y el control de los asalariados. Sobre todo, si pensamos que, a mediados del siglo XIII, se necesitaban veinticuatro días de camino para llegar a la abadía de Fossanova desde una de sus granjas dependientes y si consideramos que ese hecho no puede considerarse absolutamente excepcional. Se ha insistido mucho en que no es posible identificar totalmente, pese a las prescripciones regulares, a los monasterios cistercienses con la explotación directa de las tierras que les pertenecieron; al menos, desde los años centrales del siglo XII. Sin embargo, en el caso de las granjas, esa identificación suele admitirse con más facilidad. Me parece que no cabe hacer diferencia alguna a este respecto; las granjas evolucionan con el conjunto del dominio y son, según los lugares y los tiempos, centros de explotación directa, lugares de control de la explotación indirecta y ambas cosas a la vez. Siendo así las cosas, las granjas cistercienses cumplen también la función de captar, organizar y controlar el trabajo de los campesinos por la vía de la cesión de tierras para la explotación.

Entre el grupo de monjes que, en la soledad de *Cistercium*, talaban, quemaban y sembraban en un calvero del bosque y los campesinos que, según el *Liber Census*, elaborado en 1272 en el monasterio de Villers, en Brabante, se repartían —lo mismo que otros muchos en todas partes en esa misma época— las doscientas o trescientas tenencias dependientes de algunas de sus granjas se ha recorrido un largo camino.

Decíamos al principio que la sensación de agobio cisterciense provenía de la contemplación del mapa de sus asentamientos en Europa. Volvamos al mapa para terminar y convengamos en que esos 647 puntos, que debemos multiplicar por diez o por quince, si decidimos señalar también el emplazamiento de las granjas, son un indicio muy seguro de que la importancia de la orden de los monjes blancos en el encuadramiento, la organización y el control del campesinado feudal no es, en modo alguno desdeñable. Roberto de Molesme ni lo había querido, ni lo había previsto. Bernardo de Claraval, tal vez sin quererlo, lo propició.